

## LA LECTURA COMO EXPERIENCIA DE FORMACIÓN

Stella Serrano de Moreno,  
Postgrado de Lectura y Escritura  
Universidad de Los Andes, Mérida

Para los jóvenes, el libro es más importante que el audiovisual, en tanto que es una puerta abierta a la ensoñación, en que permite elaborar un mundo propio, dar forma a la experiencia. Michele Petit (1999).

Tener la fortuna de participar en el seminario **Educación en Babel. Lenguaje, pluralidad y discontinuidad**, dirigido por el Dr. Jorge Larrosa, catedrático de la Universidad de Barcelona, España, desarrollado en el marco del Doctorado en Educación de la Universidad de Los Andes, me planteó nuevos desafíos en el campo del conocimiento. Movilizó mis ideas y representaciones respecto a una serie de constructos sobre los que descansa mi idea de educación y de enseñanza y del papel del lenguaje, de la lectura, la escritura y el habla para pensar y aprender.

En el transcurrir de las reflexiones filosóficas sobre estos temas, uno de los planteamientos que fundamentalmente causó en mí inquietudes y me generó nuevas interrogantes es el pensar la lectura desde una nueva perspectiva, desde aquella que la hace trascendente como experiencia de formación, es decir, como experiencia humana irremplazable. Este trabajo plantea estas inquietudes y reflexiones sobre el tema *La lectura como experiencia*.

Me es útil pensar la lectura como experiencia de formación y la formación como lectura al mismo tiempo. La lectura como experiencia, en tanto formación implica pensarla como la actividad del lector que tiene que ver con lo que el lector es, apreciarla como esa actividad que nos transforma, que nos permite cuestionar lo que somos y lo que pensamos, que nos permite mirarnos dentro de nosotros mismos para saber quiénes somos y que, por tanto, nos permite cambiar y re-construir, al mismo tiempo, nuestro ser.

La idea de lectura como experiencia de formación me aporta una nueva mirada acerca de este proceso, quizás una mirada más profunda, más aguda, más trascendente sobre lo que para mí significa leer. Entender la lectura como experiencia me conduce a reflexionar acerca de ¿Qué es la experiencia y cómo la he entendido? ¿Qué es la lectura como experiencia? ¿Cuál es su significación? En un sentido general, experiencia es lo que queda dentro de nosotros una vez vividos acontecimientos significativos, que han marcado nuestra vida, bien sea en sentido positivo o negativo. En el caso de la lectura, la experiencia es un acontecimiento que sucede internamente en nuestro pensamiento, nuestros sentimientos, nuestra sensibilidad, que nos moviliza de

tal forma, que nos permite reorganizar nuestra experiencia de vida ya existente y, otorgar así sentido a lo que nos pasa para construir nuestra propia identidad, el sentido de quiénes somos, proyectar nuestro destino y comprender las acciones de los demás. Por lo tanto, la experiencia nos hace ser otros, nos transforma.

Comparto con Larrosa (1998) su visión de experiencia al concebirla como "... lo que nos pasa mientras leemos", en tanto al leer experimentamos nuevas sensaciones, nuevas ideas, nuevos sentimientos o nos cuestionamos respecto a lo que creemos o pensamos o practicamos o nos conmovemos frente a lo que leemos o reflexionamos, también respecto a lo que somos o respecto a nuestras concepciones y creencias o modos de ver las cosas o bien evocamos otras experiencias o recuerdos, todo lo cual nos conduce a una transformación. En este sentido, esta visión de experiencia en la lectura, construida desde la visión de Larrosa, introduce nuevos y múltiples matices respecto a lo que es la lectura para mí, a lo que hasta ahora ha significado, convirtiéndose en sí misma en experiencia.

Larrosa (1998), sin embargo, distingue "la lectura por experiencia" de "la lectura para adquirir conocimientos". Según el autor, después de esta lectura "... sabemos algo que antes no sabíamos, tenemos algo que antes no teníamos, pero nosotros somos los mismos que antes, nada nos ha modificado. Y esto no tiene que ver con lo que sea el conocimiento, sino con el modo como nosotros lo definimos" (p. 16).

Desde nuestra perspectiva, no percibimos una distinción tan marcada entre estos dos tipos de lectura: la cognoscitiva y la que surge y se convierte en experiencia. Creemos que la frontera entre ellas es más bien borrosa, casi imperceptible. Por esta razón, me propongo en este breve ensayo, reflexionar acerca de algunas ideas que me permiten acercarme a una comprensión más amplia de la lectura como experiencia y, por tanto, hacer más legible esa distinción entre la lectura cognoscitiva y la lectura por la experiencia.

Durante mucho tiempo hemos concebido la lectura como comprensión, como construcción de significados, como la posibilidad de darle sentido al texto, como medio para adquirir conocimientos, conocimientos que provienen de los significados construidos. Pero ¿Qué sucede en nosotros cuando adquirimos conocimientos por medio de la lectura? ¿Nos cambia? ¿Nos transforma? ¿Nos hace ser distintos o seguimos siendo los mismos? Para Larrosa (1996), la lectura como formación no se reduce a la idea de medio para adquirir conocimientos (p. 16). Si bien es cierto que leer no puede reducirse a la idea de medio, me pregunto ¿Por qué la lectura que es experiencia, que es formación no puede surgir de la lectura para el conocimiento?, o dicho de otro modo, ¿Por qué la lectura realizada como conocimiento no puede transformarse en experiencia?

Pensamos que la actividad de lectura que se realiza con el propósito de aprender, de construir el conocimiento, de acceder al amplio mundo del saber, también puede constituirse y devenir en experiencia verdadera, en experiencia que nos hace distintos. Pero ¿Cómo es que esto sucede?. Si por experiencia

entendemos "... lo que nos pasa" (Larrosa, 1998, p. 18), cuando leemos para adquirir conocimientos, para aprender, también podemos hacer que esta lectura se convierta en una experiencia que nos cambia, que nos transforma. Pero creo que sólo esto puede suceder si el propio individuo como lector se abre a esta posibilidad de dejarse cambiar, de experimentar, de gozar y evocar, de reflexionar, de conmoverse o de cuestionar. Si esto sucede, la lectura puede verdaderamente convertirse en un acontecimiento que nos afecte en lo propio, en el que no somos simplemente espectadores, sino en un acontecimiento de aprendizaje, desde el cual reaparecemos transformados.

Si bien es verdad que no siempre cuando leemos para acceder al conocimiento, esa lectura que realizamos es experiencia, es formación; es bien cierto que debemos intentar que lo sea, que debemos realizar el mayor esfuerzo para que sea experiencia vital, para tratar de conseguir el goce trascendente, de manera que sea el camino hacia la realización humana y espiritual. Debemos procurar ir hacia esa búsqueda del conocimiento por la experiencia, de ese conocimiento que sea experiencia y que se resuelve en formación o en desenvolvimiento de nuestro ser.

Así, la lectura cognoscitiva, aquella que realizamos como conocimiento puede llegar a ser también experiencia. Por eso la distinción entre leer para el conocimiento y leer por la experiencia es difusa, puesto que sus límites muchas veces se confunden. Yo creo que hay situaciones en que leemos para la búsqueda del conocimiento, leemos para aprender, de cuya experiencia surgimos siendo distintos por lo que pensamos, evocamos, valoramos o sentimos; por lo que sucede o nos pasa en el interior de nuestra conciencia. Y, en ese caso, la lectura es una actividad esencialmente formativa, legítimamente liberadora. Esta idea me conduce a afirmar que no debe establecerse oposición entre ambas lecturas. Tanto la lectura para el conocimiento, como la lectura por experiencia, pueden desarrollar el pensamiento, pero también permiten abrir las puertas al espacio de la ensoñación y, ambos espacios, nos ofrecen posibilidades de ser distintos. Bien lo afirma Petit (1999) "... la lectura instructiva y la que induce a la ensoñación, ambas, la una junto con la otra, suscitan el pensamiento, el cual pide esparcimiento, rodeos; pasos fuera del camino" (p. 27).

La lectura que realiza el individuo en su proceso educativo debe tender hacia esa búsqueda de cambio, si no hay cambio en el individuo no existe nada, no hay formación. Así mismo, la lectura que propiciamos los educadores durante la actividad educativa, para que el estudiante acceda al conocimiento y a la información, ha de centrarse en este indeclinable propósito: contribuir a la formación y transformación del individuo, de modo de contar con seres humanos que no sólo sepan mucho, entendido "el saber" como algo exterior a su ser, sino que puedan experimentar nuevas sensaciones, nuevas reflexiones, nuevas ideas, que aprecien la realidad y se conmuevan en lo más íntimo, de forma que sepan atribuir sentido a la realidad experimentada. Comparto con Larrosa (1998) su pensamiento cuando expresa: "Pensar la lectura como formación supone cancelar esa frontera entre lo que sabemos y lo que somos, entre lo que pasa (y que podemos conocer) y lo que nos pasa

(como algo a lo que debemos atribuir un sentido en relación a nosotros mismos)” (p. 19).

Creo que la lectura que realizamos para adquirir conocimientos se convierte en formación y en experiencia verdadera ‘en ese algo que nos pasa’ cuando al leer como lectores llegamos a establecer una relación íntima entre nuestros pensamientos, valores y creencias y la información que el texto nos aporta. De esa relación que busca que el texto nos dé qué pensar, surgen nuevos pensamientos, que nos indican que sabemos algo, algo que nos pasa, todo lo cual deviene en experiencia. En tanto sé algo, algo me pasa y ese pasarme algo es experiencia. Siempre y cuando, compartiendo la visión de Larrosa, esa relación entre el texto y mi subjetividad se constituya en un acontecimiento trascendente, en una situación que me transforma. Por eso, afirma Larrosa (2000), “... después de la lectura, lo importante no es lo que nosotros sepamos del texto o lo que nosotros pensemos del texto, sino lo que con el texto o contra el texto, o a partir del texto, nosotros somos capaces de pensar” (p. 141).

Esta forma de concebir la lectura nos propone una visión más profunda acerca de cómo comprenderla en la vida escolar, de cómo percibirla en el marco de la formación, en el marco del aprendizaje. Visión, que en definitiva me conduce a cuestionar la práctica escolar de la lectura y, en consecuencia, a formularme varias interrogantes: ¿Cómo la persona que lee debe abordar la lectura? ¿Con qué actitud? ¿Precisa la lectura por experiencia de condiciones especiales? ¿Cuáles serían? ¿Dentro de esas condiciones se debe considerar al docente? ¿Qué debe hacer? ¿Cuál es su papel en esta actividad?

Es necesario que los niños y jóvenes vivan y experimenten la lectura como una actividad que les permite experimentar un mundo nuevo de experiencias, de la que puede surgir alguna situación que da rienda suelta a la imaginación, a la reflexión, al cuestionamiento o a ideas conjugadas con la fantasía. En fin, un conjunto de vivencias inesperadas, pero significativas para quien está leyendo, de donde podrían surgir nuevas elaboraciones, vinculadas a sus pensamientos e ideas y no ajenas a su conciencia. Para el lector, esto significa entablar con el texto una relación abierta, adoptando una actitud de escucha, de modo que él pueda encontrar respuestas a sus inquietudes o plantearse otras nuevas, o preguntar, admirarse o reflexionar, percibiendo las ideas como experiencias que dejan huella en su conciencia. Esto significa que leer no es buscar lo que el texto dice sino lo que el texto piensa.

Por eso, para Larrosa (2000)

*Leer es escuchar, más allá de lo que el texto dice, lo que el texto alberga. Leer no es apropiarse de lo dicho sino recogerse en la intimidad de lo que le da qué decir a lo dicho. Y demorarse en ello. Entrar en el texto es morar y demorarse en lo no dicho de lo dicho. Por eso leer es traer lo dicho a la proximidad de lo que queda por decir, traer lo pensado a la proximidad de lo que queda por pensar, traer lo respondido a la proximidad de lo que queda por preguntar (p.141).*

Esta forma de abordar la lectura ayudará a niños y jóvenes lectores a comprender sus atractivos particulares que la distinguen de otros modos de esparcimiento. Comprenderán que la lectura es un instrumento que los ayuda en su construcción y desarrollo como personas, que les permite conocer lugares desconocidos e imaginar otros mundos posibles, y como afirma Petit (2000):

*Se comprende que la lectura los ayude a soñar, a encontrar un sentido, a encontrar movilidad en el tablero de la sociedad, a encontrar la distancia que da el sentido del humor, y a pensar, en estos tiempos en que escasea el pensamiento.... Asimismo, la lectura de libros puede ayudar a los jóvenes a ser un poco más sujetos de su propia vida, y no solamente objetos de discursos represivos o paternalistas” (p. 18).*

Respecto a la segunda interrogante: ¿qué condiciones debe tener ese momento de lectura? ¿Serán necesarias algunas condiciones o acaso ninguna, o acaso sólo es preciso el establecimiento de una relación íntima, profunda con el texto?, pero, ¿cómo acercarnos a esa relación íntima con el texto, en la que de ella no surja mera información, sino una experiencia de formación que nos transforma en lo íntimo de nuestras convicciones e ideas?. Para Larrosa (1998), la condición especial para que la lectura como experiencia sea formación es que “esa relación que establecemos con el texto sea de escucha y no de apropiación” (p. 20). ¿Qué significado tiene este planteamiento? Significa implicarse en la lectura con libertad, sin ataduras y sin prejuicios. Con disposición para encontrarse con textos, con autores y con ideas desconocidas y hasta opuestas a su pensamiento. Estar dispuesto a oír lo que no sabe, lo que no quiere, lo que no comparte. Estar dispuesto a pensar más allá de lo dicho, a penetrar en lo desconocido, a franquear dificultades, a percibir y a sentir de manera distinta, estar dispuesto a transformarse.

Heidegger, citado por Larrosa (1998), define la experiencia de esa relación de escucha:

*“... hacer una experiencia con algo significa que algo nos acaece, nos alcanza; que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma. (...) “hacer” significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar en la medida que nos sometemos a ello. (...) Nosotros podemos ser transformados por tales experiencias, de un día para otro o en el transcurso del tiempo” (p. 20).*

Otra idea que quisiera destacar también al considerar la lectura como experiencia y sus condiciones es que la escuela no puede ir, cada vez que se proponen situaciones de lectura, tras la búsqueda de la experiencia como algo predeterminado. Esto significa que la experiencia no se planifica, no se prevé, no se anticipa, es un acontecimiento que sucede cuando menos lo esperamos. Lo que podemos hacer en el caso de la escuela, es como señala Larrosa (1998) “cuidar que se den determinadas condiciones de posibilidad:

sólo cuando confluye el texto adecuado, el momento adecuado, la sensibilidad adecuada, la lectura es experiencia” (p.29). De esta manera, debemos cuidar que la lectura ocurra dentro de ciertas condiciones de posibilidad, a fin de que la actividad de lectura se constituya en experiencia para quienes participan. Pero, puede suceder que esa actividad sea experiencia para unos y no para otros, porque la experiencia no sólo depende de condiciones externas, depende quizás, en gran parte, de las condiciones internas de cada individuo, de cada lector, de su disposición, de lo que moviliza la lectura internamente en él/ella como lector/a, de sus experiencias pasadas, de sus sentimientos y de sus sensibilidades. Es por esta razón que la experiencia no será la misma ni para todos aquellos que la realizan, ni para el mismo lector cuando la realiza en diferentes momentos, aquí yace su diferencia, que la hace diversa y múltiple a la vez, imposible de reducirla. Estas notas permiten caracterizar la experiencia de la lectura como imprevisible, debido a que de antemano no se puede disponer la experiencia o proyectar qué sucederá o pre-ver el resultado de lo que sucederá. Tiene entonces, una dimensión de incertidumbre, puesto que no puede anticiparse el resultado que se alcanzará, es más bien “...una apertura hacia lo desconocido, hacia lo que no es posible anticipar y pre-ver” (Larrosa, p. 29).

Teniendo claro que el profesor juega un papel decisivo en la escuela y en las experiencias que ésta ejerce, entonces, en esta reflexión no puedo dejar de preguntarme ¿qué debe hacer el docente? ¿cuál es su papel en esta actividad?, o, más concretamente, siendo yo docente de lectura, no puedo, bajo ningún concepto, dejar de interrogarme ¿cómo puedo yo como profesora proporcionar a mis estudiantes eventos de lectura para aprender, en los que cada actividad, cada texto que se aborda constituya experiencia de formación que deja huella en la conciencia de cada uno? ¿cómo hacer para que cada situación de lectura sea un acontecimiento significativo para cada aprendiz? ¿cómo debe ser la relación que el estudiante establece con el texto, con el conocimiento, con las ideas de ese autor ausente, omnipresente, que se actualiza cuando lee?.

Después de las lecturas y reflexiones surgidas al calor del seminario, pienso que es vital que el profesor, en primer lugar, se muestre como lector, pero no como el que sabe del texto, sino que muestre su experiencia, y esto no es más que mostrarse como escucha de un texto y de su autor, es decir, mostrarse ante sus estudiantes con una actitud de apertura, de indagación, de cuestionamiento, de inquietud frente al texto y sus ideas. Debe mostrar a sus alumnos una forma de relacionarse con el texto, una forma de atención, una actitud de admiración, de vivencia, de diálogo, de mostrarse sorprendido. Colocar su experiencia junto a las experiencias de sus estudiantes a fin de hacer que la lectura como experiencia sea posible. El profesor que da a leer textos y que convoca a sus alumnos a la lectura, que los invita en una actitud de compartir vivencias con apertura, mostrando su experiencia está enseñando.

De esta forma, enseñar supone, como señala Heidegger “dejar aprender”; es decir, permitir que sea el estudiante como lector quien experimente la lectura por lo que ella significa, permitirle a cada estudiante que sea él mismo quien experimente, descubra, viva experiencias, sin imposiciones por el docente, sin que el lector esté obligado a construir sentido del texto por mandato del docente, ni menos aún el sentido que el docente quiere, sino aquel sentido que, quizás, aún distinto, es el que por sus experiencias estuvo en capacidad de construir, pero que le es significativo, porque es el resultado de “la lectura” que él como lector hizo del pensamiento, de las ideas del autor. El “dejar aprender” de Heidegger, no es no hacer nada, sino que como Larrosa (1998) lo afirma “es un hacer mucho más difícil y mucho más exigente que enseñar lo que ya se sabe. Es un hacer que requiere humildad y silencio” (p.34). En ese “dejar aprender”, lo importante es dejar al sujeto lector que se acerque al texto con actitud abierta, que lea, que escuche al texto, que comparta con él sus vivencias e inquietudes y que reconstruya su propio sentido, surgido de su relación íntima y personal. Sólo así, la lectura como experiencia puede ser posible para el niño y el joven.

Este modo de caracterizar la experiencia de la lectura para aprehenderla en su sentido más amplio, ha enriquecido mi visión sobre este proceso, por cuanto me ha permitido reflexionar sobre la lectura como experiencia de formación, como medio para que nuestros alumnos elaboren su subjetividad. A la vez me ha llevado a cuestionar cómo la pedagogía y los enfoques tecnológicos de la enseñanza han reducido la posibilidad de que la lectura se constituya en experiencia diversa y plural para cada lector. La pedagogía de la lectura ha intentado convertirla en un conjunto de objetivos preestablecidos, que deben alcanzarse, mediante la aplicación de un conjunto de técnicas o estrategias previstas con anterioridad, dentro de la idea de que si se cumplen es posible alcanzar el resultado ya prescrito. He descubierto con claridad que la lectura entonces no puede pedagogizarse, convirtiéndola en una secuencia de pasos que definen el método para aprenderla. Por el contrario, creo que en el aula, debemos recuperar el valor de la lectura para los niños, adolescentes y jóvenes, alejándola de toda práctica que no signifique para ellos experiencia verdadera.

Esta reflexión sobre la despedagogización de la lectura me introduce en otro punto sobre el cual quiero detenerme a meditar, y es el de la lectura como comprensión de un significado. Esta concepción de lectura como comprensión de las ideas aportadas por el texto nos ha llevado a entender esta actividad como reproductora de sentido, del sentido que en alguna medida el autor intenta comunicar. Esta idea es la que prevalece en la práctica escolar de la lectura, lo que hace que el profesor requiera de todos los estudiantes la construcción de un sentido, sobre todo, de aquel que él como docente ha elaborado, buscando que se acerque, en alguna medida, al intentado por el autor, como si el significado estuviera predeterminado, sin que en esa construcción no influyera el sujeto lector en sus múltiples dimensiones. Como si en esa construcción o interpretación no participara un sujeto, cada sujeto diferente de los otros, pero diferente en cada momento que transcurre, con una mirada distinta, con una concepción distinta y con una forma de ver el

mundo y la vida también distinta, que hace que podamos hacer múltiples lecturas de ese texto en un tiempo y un espacio dados y en circunstancias particulares. Esto nos da la idea de discontinuidad de la lectura, en la que es necesario que los maestros de lectura acepten como válidas las distintas interpretaciones que cada uno hacemos de lo que leemos porque en ellas va nuestra visión de la vida, nuestra sensibilidad y nuestras valoraciones. La lectura es una actividad discontinua. Es discontinua en tanto la lectura es un acto de verdadera creación, un acto del pensamiento, un acto de libertad.

Para concluir, quiero señalar que las reflexiones realizadas en torno a la lectura como experiencia y sus posibilidades en la educación me condujeron a reflexionar sobre la idea de fecundidad, de la fecundidad del “dar a leer”, del “dar la palabra”, de la fecundidad en la educación y en la formación fundada en las posibilidades del diálogo y de la mediación. La idea de fecundidad expresada magistralmente por Levinas en la idea: “Un ser capaz de otro destino que el suyo es un ser fecundo” nos coloca frente a un nuevo desafío en la labor que realizamos como formadores y en el que la lectura como experiencia de formación es esencial; desafío que nos ubica frente al porvenir quizás marcado por la incertidumbre, pero que nos invita como docentes a actuar con libertad, con amplitud de pensamiento y con actitud crítica, a fin contribuir a la creación de condiciones para hacer posible una educación fundada en la pluralidad, la diversidad y la libertad como voluntad y como creación, a fin de contribuir, como afirma Larrosa a “Formar seres capaces de otro destino, capaces de otra vida, capaces de otro tiempo, con un pensamiento capaz de otro pensamiento....” (p.34)

## BIBLIOGRAFÍA

Larrosa, J. (1998) **La experiencia de la lectura. Estudios sobre Literatura y Formación.** Barcelona: Editorial Laertes.

Larrosa, J. (2000) **Pedagogía Profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad y formación.** Buenos Aires: Novedades Educativas.

Larrosa, J. (2001) Notas tomadas de las disertaciones del profesor en el Seminario del Doctorado en Educación, ULA: **Educación en Babel.** Lenguaje, pluralidad y discontinuidad.

Petit, M. (1999) **Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura.** México: Fondo de Cultura Económica.